

APUNTES sobre CRISTO NUESTRA JUSTICIA-3

Conocer a Cristo

LB, 14/5/2020

Juan 17:3: Esta es la vida eterna: que te **conozcan** a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado.

Conocer a Dios, conocer a Cristo, significa vida eterna. No sorprende la petición de Felipe: “**Señor, muéstranos el Padre y nos basta**” (Juan 14:8).

La humanidad del Hijo de Dios fue la respuesta a esa petición. Así es como conocemos y somos conocidos del Padre: “**El que me ha visto a mí** [Dios hecho carne], **ha visto al Padre**”.

La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena áurea que **une nuestra alma con Cristo**, y mediante Cristo, **con Dios**. Esto ha de ser nuestro **estudio**. Cristo fue un **verdadero hombre** (1MS 286.1).

Al estudiar la humanidad del Hijo de Dios no estamos estudiando teoría: estamos *conociendo personalmente al Salvador de forma práctica*, y permitimos así que nuestra alma se una con Cristo, con Dios.

Mateo 1:23: Le pondrás por nombre Emanuel: “**Dios con nosotros**”.

Emanuel no significa ‘Dios con él’ (con Cristo), sino “Dios con nosotros”. Cristo —quien es Dios—, se hizo “nosotros”. En Emanuel, Dios ha venido *a nosotros*. Esa es la garantía de que puede morar por la fe en nuestros corazones (**Colosenses 1:27; Efesios 3:16-20**).

Pero ha de tratarse de la *verdadera* humanidad de Cristo, de su verdadera naturaleza humana. Ha de tratarse del Cristo verdadero, del que fue “**tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado**”. Ahí es donde Cristo se nos acerca más que el pariente más allegado que podamos imaginar. Pero no sólo es en la *tentación* donde él se acerca a nosotros. Se acerca de una forma especial en la *victoria* que él nos da en la tentación, según la experiencia que describe **Romanos 6:1-11**:

Somos unidos con Cristo *en su cruz*, somos bautizados *en su muerte*, y de eso da fe nuestra *muerte al pecado* mediante la destrucción del “**cuerpo del**

pecado”, que es lo mismo que el “**viejo hombre**”: *nuestra vida anterior siguiendo los dictados de la carne*:

2 Timoteo 2:11: Si somos **muer**tos con él, también viviremos con él.

Crucificamos la carne con sus deseos, ya no seguimos más los dictados de la carne (el “**hombre**” que hacía eso, murió). Al contrario, andamos según el Espíritu a pesar de que seguimos poseyendo la misma naturaleza caída, y aunque sigamos siendo tentados como lo es todo el que tiene ese tipo de “carne”.

Mateo 1:21: Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo **de sus pecados**.

Sólo el Cristo verdadero salva a su pueblo *de sus pecados*. Los cristos pretendidos sólo pueden ofrecer salvación *en los pecados*. Es problemático, ya que la muerte va ineludiblemente asociada al pecado: la presencia de pecado significa siempre muerte (**Romanos 6:23**). No hay rendija lo suficientemente estrecha como para dejar pasar el pecado, sin que pase con él la muerte. Precisamente, “**el aguijón de la muerte es el pecado**” (**1 Corintios 15:56**). La salvación *en* el pecado es, pues, una falsa promesa, un camino seguro a la muerte eterna.

Todos se encontrarán un día con Cristo, pero mientras unos escucharán “**buen siervo ... entra en el gozo de tu Señor**” (**Mateo 25:21**), otros escucharán: “**Nunca os conocí**” (**Mateo 7:23**). Los sorprendidos estarán seguros de haber conocido a Cristo. ¡En su nombre hicieron grandes cosas! Sin embargo, Cristo dará testimonio de que no conocieron *la experiencia genuina en la que él se manifiesta*: “**Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!**” El que conocieron fue otro cristo y otro evangelio: el que ofrece salvación *en* el pecado, en la “**maldad**”.

Cuando conocemos al verdadero Cristo, él hace morada en nosotros, y donde Cristo está, no cabe el pecado (y viceversa).

A fin de tener a Cristo en nuestros corazones, debemos dejar de pecar. La única definición de pecado que tenemos en la Biblia es que es la transgresión de la ley (ST, 3 marzo 1890).

1 Corintios 15:34: Velad debidamente, y **no pequéis**; porque algunos **no conocen a Dios**; para vergüenza vuestra lo digo.

¿Cuál fue el problema de los sorprendidos? —Conocieron a un falso Cristo. ¿Cómo podemos estar seguros de conocer y ser conocidos del verdadero?

Conocemos a Cristo cuando él comparte su experiencia con nosotros, cuando la vive en nosotros por la fe. ¿Cuál fue su experiencia?

Apocalipsis 3:21: Al **vencedor** le concederé que se siente conmigo en mi trono, **así como yo he vencido** y me he sentado con mi Padre en su trono.

Ese es el resultado, y no puede ser más glorioso. El método es contemplarlo *tal cual es* (en su encarnación, en su vida, en su muerte y en su actual ministerio sumo-sacerdotal). Es así como somos transformados (**2 Corintios 3:18**) y permitimos que él se forme en nosotros (**Gálatas 4:19**). En eso radica la “**esperanza de gloria**” (**Colosenses 1:27**). Cuando Cristo se sienta en el trono de nuestro corazón comparte su victoria sobre el pecado con nosotros aquí, y nos hará sentar con él en el trono allí.

No se trata de algo difícil: se nos pide que respondamos a su voz amante y le abramos la puerta mediante el arrepentimiento (**Proverbios 28:13**); entonces entrará, cenará con nosotros y nosotros con él (**Apocalipsis 3:20**).

Es en la experiencia de la lucha con la tentación y en la victoria sobre el pecado, donde conocemos al verdadero Cristo y donde él nos conoce.

1 Juan 2:3-4: En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: **Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos**, el tal es mentiroso y la verdad no está en él.

1 Juan 3:6: Todo aquel que permanece en él, **no peca**. Todo aquel que peca, no lo ha visto ni lo ha **conocido**.

La ausencia de victoria sobre el pecado indica que el verdadero Cristo no está ahí, por más que lo invoquemos y le digamos Señor. Llama a nuestro corazón, pero no está formado en el interior, sino que está en espera anhelante de que le demos entrada. Y, como sucedió a los gálatas, no es imposible que Cristo sea expulsado de un corazón en el que antes moró:

Gálatas 4:19: Vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.

Leemos en **Hebreos 9:28** que Cristo “**aparecerá por segunda vez sin relación con el pecado**, para salvar a los que lo esperan”.

¿Qué significa “sin relación con el pecado”? Esa expresión es muy importante, porque nos dice cómo vendrá Cristo, y también cuál es la actitud apropiada para recibirlo, que es la esencia del adventismo:

Amós 4:12: Prepárate, Israel, para venir al encuentro de tu Dios.

Cuando Cristo estuvo en la tierra, ¿tuvo “relación con el pecado”? —Sí. ¿En qué consistió esa relación?, ¿en que él pecó? —No, ciertamente. El propio texto dice cuál fue la relación que tuvo con el pecado:

“Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez sin relación con el pecado...”

Esa fue su relación con el pecado la primera vez que apareció: *llevaba nuestros pecados*. ¡Los lleva aún, y por eso vivimos! Los ha llevado desde que Adán y Eva pecaron. Gracias a eso puede darnos su perdón en el tiempo de prueba.

Pero cuando aparezca “por segunda vez”, lo hará “sin relación con el pecado”; es decir, *no estará entonces llevando nuestros pecados*, se habrá terminado el tiempo de prueba; no habrá más perdón disponible.

Si antes de ese tiempo no fue borrado —vencido— nuestro pecado, resultaremos confundidos y consumidos por el resplandor de su gloria.

2 Timoteo 2:19: “Conoce el Señor a los que son suyos” y “Apártese de maldad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”.

Es *ahora* cuando conocemos a Cristo y somos conocidos de él en su ministerio preparatorio para la segunda venida, que tiene que ver con apartarse de la maldad, con la purificación o borramiento del pecado:

a/ en los libros de registro de nuestras vidas en el cielo, y

b/ en nuestros corazones en la tierra. Esa es ahora la labor de Cristo, y sólo estando en sintonía con ella podemos conocerlo.

Los que conocen a Cristo “siguen al Cordero por dondequiera que va” (**Apocalipsis 14:4**), y ahora va por el lugar santísimo del santuario celestial. *Cualquier Cristo que no esté ahora allí, y que no esté desempeñando esa función en la expiación final, no puede ser el verdadero Cristo*. Es únicamente el Cristo verdadero quien abrió un Camino nuevo y vivo:

Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el lugar santísimo [santuario] por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de **su carne**. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, **purificados** los corazones de mala conciencia y **lavados** los cuerpos con agua pura (**Hebreos 10:19-22**).

¿Tiene eso que ver con la naturaleza humana de Cristo? Hemos leído que ese camino nuevo se abre ante nosotros a través de su “**carne**”.

Hebreos 2:17-18: Debía ser **en todo semejante a sus hermanos**, para venir a ser misericordioso y fiel **sumo sacerdote** en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, **es poderoso** para socorrer a los que son tentados.

La sabiduría humana pretende que, a fin de poder salvarnos, Cristo tenía que estar alejado de nosotros mediante una naturaleza peculiar, no “**semejante**” sino *diferente* a la nuestra, superior; pero Cristo no podría ser nuestro sumo sacerdote sin haber sido **en todo** (naturaleza humana) semejante (*homoiō*) a nosotros, sus **hermanos**.

Gracias a Dios, habiendo sido tentado *en todo* como nosotros, y habiendo vencido *en todo*, tenemos un fiel y misericordioso sumo sacerdote que es “**poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría**” (**Judas 1:24**). No con gran angustia, sino con gran alegría: nuestra alegría al ganar victorias, y la alegría del Señor:

Hebreos 12:2: Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual **por el gozo puesto delante de él** sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

La unión, el conocimiento íntimo con Cristo, lo experimenta su iglesia en las *bodas del Cordero*, cuando la esposa se une al Esposo, al terminar el juicio investigador que se inició en 1844 (CS 422-424; granate: 480-481):

Lucas 12:36: Sed semejantes a hombres que aguardan a que su Señor regrese de las bodas.

La purificación del santuario, el juicio investigador, está relacionado con “**las bodas**”. Observa el siguiente paralelismo:

- **Apocalipsis 14:7:** Temed a Dios, y *dadle gloria, porque* la hora de su **JUICIO** ha llegado.
- **Apocalipsis 19:7:** Gocémonos y alegrémonos y *démosle gloria, porque* han llegado las **BODAS** del Cordero, y su esposa se ha preparado.

El mensaje del primer ángel: “¡Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!” señalaban al ministerio de Cristo en el **lugar santísimo, al juicio investigador** (CS 420.1; granate 476).

¿En qué consiste esa preparación de la esposa?

Apocalipsis 19:8: A ella se le ha concedido que **se vista** de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.

“**Acciones justas**” o “**justificaciones**” (RV 1909): no se trata aquí de justicia meramente atribuida, *imputada*, sino de una justicia que ya ha sido interiorizada, recibida, *impartida* (*dikaionata*). Estamos preparados para las bodas, cuando Cristo nos ha vestido con su justicia. Es entonces cuando tiene lugar esa unión íntima entre Cristo y su iglesia, ese conocimiento mutuo:

Zacarías 3:4: Quitadle esas vestiduras viles.... Mira que **he quitado de ti tu pecado** y te he hecho **vestir** de ropas de gala.

Jeremías 23:6: En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: **Jehová, justicia nuestra**.

¿No bastaría para ese fin la *santidad* de Cristo? ¿Por qué específicamente la *justicia* de Cristo?

No solemos imaginar a los ángeles fieles como siendo *justos*, sino más bien *santos*. Hablamos de los “santos ángeles”, no de los “justos ángeles”. También en el caso de Adán y Eva en su morada edénica los imaginamos como *santos*, y no específicamente como *justos*. No solemos pensar en la “justa pareja”, sino en la “santa pareja”.

Hay una diferencia entre *santo* y *justo* en la que no solemos pensar, aunque de forma inconsciente hacemos la distinción.

Cuando Cristo se hizo carne, era lo “**santo que nacerá**” (**Lucas 1:35**). Fue santo por toda la eternidad, y no perdió un ápice de su santidad en esta

tierra; pero tras haber tomado nuestra carne —que es carne pecaminosa— tras haber cargado nuestro pecado, Jesús no sólo era el “**santo**”, sino que ahora había adquirido algo en esta tierra, en nuestra carne, que le concedía el pleno derecho a este título: “**el Justo**” (además de santo):

Hechos 3:14: Vosotros negasteis al Santo y al Justo (también **Romanos 3:26, 1 Pedro 3:18**, etc).

¿Qué es la **justicia** de Dios? Es la santidad de Dios **en relación con el pecado** (7CBA 963).

Por eso esta serie lleva por título: **CRISTO, NUESTRA JUSTICIA**. En esa palabra, “justicia”, está comprendida la verdad de la naturaleza humana que Cristo tomó “**en relación con el pecado**”. Eso ha de ser nuestro estudio, y eso une nuestra alma con Cristo y mediante Cristo con Dios.

El verdadero evangelio del verdadero Cristo es *paralelo y consistente con la verdad singular de la purificación del santuario*, que es la razón de ser del pueblo remanente. Es por eso que Ellen White, tras oír en 1888 las presentaciones de los pastores Jones y Waggoner sobre la *justicia* de Cristo recibida por la fe, tenía dificultad para conciliar el sueño en la noche por la alegría incontenible de ver que ese mensaje de buenas nuevas (el *medio*), propiciaría la purificación del santuario (el *fin*), y pronto nos encontraríamos con el Salvador en su segunda venida.

Hoy hay muchos que dicen esperar su venida, pero demasiados confían en que cuando Cristo venga nos reprogramará el cerebro, de forma que *entonces* nos limpiará de pecado. A esa salvación por manipulación la llaman “salvación por la fe”, pero el Espíritu de profecía nos previene de *confundir la fe con la presunción*. Cuando Cristo regrese, lo hará “**sin relación con el pecado**”. No vendrá entonces para limpiarnos del pecado.

Es ahora cuando hemos de ponernos en armonía con la obra de nuestro Sumo sacerdote en el segundo departamento del santuario. Si dejamos esa obra para más tarde, más tarde será demasiado tarde.

No tenemos sino unos pocos días de gracia en los cuales prepararnos para la eternidad ... **Es ahora** cuando hemos de formar caracteres para la vida futura e inmortal. **Es ahora** cuando hemos de prepararnos para el **juicio investigador** (PVG 277.2).

No tiene que mirar hacia el futuro, pensando que algún día lejano habrá de ser santo; **es ahora** cuando usted es santificado por la verdad (DNC 331.4).

No han de mirar hacia adelante pensando que en algún tiempo futuro se hará una gran obra en favor suyo, pues **es ahora cuando se la completa**. El creyente no es exhortado a hacer paz con Dios. Nunca lo ha hecho ni jamás podrá hacerlo. Ha de **aceptar a Cristo como su paz**, pues con Cristo están Dios y la **paz** (RP 67.2).

El Hijo de Dios hecho carne, es el *Príncipe de paz*: “Niño nos es nacido, hijo nos es dado” (Isaías 9:6; Lucas 2:14).

Malaquías 3:2-3: ¿Quién podrá soportar el tiempo de su venida?, o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? ... Él se sentará para afinar la plata.

Esa “venida” no es la segunda venida de Cristo en gloria, sino la predicha en **Daniel 7:13**: “Sobre las nubes del ciclo venía Uno parecido a un hijo de hombre; y vino”—no a la tierra, sino—“al Anciano de días”: una referencia a la purificación del santuario que comenzó en 1844 (CS 420.2-420.3).

Alguien hizo un largo viaje en busca de un purificador de plata al estilo de los tiempos bíblicos con el propósito de comprender la expresión de Malaquías 3: “se sentará para afinar la plata”. ¿Por qué *sentarse*?

Por fin encontró al artesano, quien, al explicarle el procedimiento, le señaló que debía sentarse para seguir de *cerca* el proceso y asegurarse de que el calor no malograba la plata mientras se consumía la escoria.

El investigador se iba satisfecho por haber aprendido algo importante aquel día, cuando el afinador lo interpeló así: ¿No le gustaría saber cómo determino el momento en que la plata esta refinada?

—¡Por supuesto! ¡Le escucho!

—Estando sentado cerca del recipiente, me inclino sobre la superficie, y cuando *veo mi rostro perfectamente reflejado* sobre la plata, sé que el trabajo está completo.

¿Qué nos dice eso? Nuestro Pariente más próximo, el que conoce la fuerza de cada tentación, está a nuestro lado verificando que la prueba no sea

mayor de lo que podemos resistir por su gracia, dándonos la salida para que podamos resistir (**1 Corintios 10:13**). ¡No podríamos tenerlo más cerca!

Y no nos promete simplemente liberación, sino también el privilegio de honrarlo en la resolución del conflicto de los siglos:

Salmo 50:15: Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás.

La enseñanza básica del cristianismo es la encarnación del Hijo de Dios:

La **humanidad del Hijo de Dios** es **todo** para nosotros ... el estudio de la encarnación de Cristo es un campo fructífero que recompensará al escudriñador que cava profundamente en procura de la **verdad oculta** (1MS 286.1).

Conocer a Dios, conocer a Cristo y ser conocidos de él, es nuestro privilegio. Conocerlo *no es lo que Dios exige* de nosotros, sino que *es lo que Dios nos promete* en el don de Cristo, el Verbo hecho carne. Esa promesa nos viene en el **nuevo pacto**, junto a la promesa de que él nos hará obedientes, y junto a la promesa del perdón:

Jeremías 31:33-34: Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová:

[1] Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y

[2] no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos **me conocerán**, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque

[3] perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.

Y “todas las promesas de Dios son en él [Cristo] Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (**2 Corintios 1:20**).

El que Dios haya incorporado nuestra humanidad en su Hijo es una verdad que nos diferencia del paganismo, del islam y del judaísmo, si bien es compartida por el cristianismo nominal.

Pero el “cristianismo” popular tiene una perversión para cada una de las doctrinas fundamentales: el falso día de reposo, la supuesta abolición de la

ley, la inmortalidad natural del alma, un falso vicario de Cristo en la tierra, etc.

¿Sería creíble que no tuviera una perversión para la verdad central del cristianismo, que es la encarnación del Hijo de Dios? *Es importante conocer dicha perversión en la medida en que es importante conocer la identidad y significado del anticristo*, ya que:

Los que están confundidos respecto al significado del término, los que no comprenden el significado de anticristo, con seguridad se colocarán del lado del anticristo (KC 105.2).

La falsificación de la enseñanza bíblica acerca de la encarnación de Cristo (propia del anticristo) nos rodea por todas partes, y solemos asumir irreflexivamente que es la correcta por ser la mayoritaria. Es muy serio estar equivocado en el evangelio, en la identidad de Cristo.

1 Juan 4:3: Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo.

Es evidente que hay una relación entre la *identidad del anticristo*, y la perversión de su *enseñanza relativa a la encarnación de Cristo*. No se debe olvidar que el anticristo es el representante de Satanás en este mundo, es “el engañador”, el que “**cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira**” (Juan 8:44). Y Satanás no está solo en eso:

2 Juan 7: Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.

La doctrina consistente en que la naturaleza humana que Cristo tomó fue total *o parcialmente* diferente a la nuestra —no confiesan que Jesucristo ha venido en “**carne**”: en *nuestra* carne—, le atribuye en la lucha con el pecado una ventaja por nacimiento de la que nosotros carecemos, haciendo imposible que comparta con nosotros su experiencia de victoria, y lleva a la conclusión de que no podemos vencer el pecado tal como él hizo, lo que significa perpetuar el pecado en el “creyente” que dice morar en Cristo.

“Muchos engañadores son entrados en el mundo, los cuales no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Este tal el engañador es, y el anticristo”... Estamos autorizados a tener el mismo concepto que

tuvo el apóstol amado de los que **afirman morar en Cristo y viven transgrediendo la ley de Dios** (HAp 442.3).

Puesto que el verdadero Cristo se distingue de los falsos por ser el único capaz de salvar *del* pecado, a fin de *fabricar* un falso Cristo, el enemigo pervirtió el verdadero concepto sobre el pecado.

Cualquiera que comete pecado traspasa también la ley, ya que **pecado es la transgresión de la ley**". Esa es la **única** definición de pecado dada en las Santas Escrituras, y **debiéramos procurar entender qué es el pecado a fin de que a algunos no se nos encuentre en oposición al Dios del cielo** (RH, 15 julio 1890).

- Confundir el **anticristo** significará militar en sus filas.
- Confundir el **pecado** significará estar en oposición al Dios del cielo.

La perversión del verdadero concepto del pecado que lleva a un falso Cristo y a una salvación fallida del pecado es la conocida como DOCTRINA DEL PECADO ORIGINAL, incorporada y popularizada en el cristianismo por Agustín de Hipona junto a su doctrina gemela de la predestinación, y presentada ahora en matices sutiles para seducir, si es posible, a los elegidos. Será el objeto de nuestro próximo estudio.

www.libros1888.com